

Las cosas van a cambiar y, quizá, para siempre

Iván Ariel Fresia¹

Todos estamos al tanto de la crisis por la que estamos atravesando a nivel planetario y de las consecuencias que la pandemia acarreará para la vida en sociedad. Todos los países están afectados por el virus, algunos de ellos han desestimado su peligrosidad y ahora están pasando una situación crítica impredecible de infecciones y muertes.

Si bien el encierro de la cuarentena y el distanciamiento social prescripto afecta a todos, más aún afecta a aquellos que no disponen de espacios mínimos ni de las condiciones necesarias para quienes el encierro resulta doloroso, asfixiante y precario; o en su defecto, se exponen al contagio por encontrarse fuera de su casa o del barrio en búsqueda de los recursos económicos para la sobrevivencia cotidiana, sobre todo en los asentamientos precarios de las grandes ciudades y sus conurbanos.

Aceptar la realidad, tal como acontece, es un acto de violencia inédito que nos sacude, conmueve y provoca a desnaturalizar nuestras concepciones y estilos de vida. En lo que sigue propongo algunas claves de lectura para pensar este tiempo raro y difícil, cargado de angustias pero a la vez de expectación, abierto a la incertidumbre y la devedad e, incluso, a no poder predecir con anticipación un final feliz, más allá de todo esperanza pertenece.

1. Situaciones

“Un optimista no es solo alguien que abriga grandes esperanzas. Incluso un pesimista puede sentir confianza sobre una cuestión determinada, con independencia de su melancolía habitual. Es posible tener esperanza sin el sentimiento de que las cosas en general van a salir bien”. (Eagleton, 2016: 16)

1- Imposible normalidad

El acontecimiento mundial de la pandemia del coronavirus (COVID-19) es el síntoma de la emergencia en la que se encuentra el planeta. Enfermo de muerte, entra en una agonía; y el estilo de vida al que estábamos acostumbrados, también. El mundo está cambiando y transformándose a pasos agigantados. Se trata de tiempos complejos y sin retornos a formas de vida social anteriormente conocidas. El coronavirus cambiará drásticamente nuestra forma de hacer casi todo lo que hacíamos hasta hace unas semanas atrás: las relaciones intrafamiliares y el contacto con amigos, el trabajo y la economía mundial, la practica de deporte, las salidas y el tiempo libre, como compramos alimentos y otras cosas que necesitamos ordinariamente, las consultas al medico y la educación en todos sus niveles, las

¹ Doctor en Historia (UNCuyo), investigador FFyL-UBA (UBACyT) e integra el grupo de investigación CLACSO bajo la dirección de Emilce Cuda y del grupo de investigación “Filosofía, pueblo y teología” coordinado por Enrique del Percio.

interacciones, los vínculos sociales y personales, las creencias y la configuración de las mentalidades y hábitos, y la disposición de los cuerpos en el espacio (y en los espacios).

El mundo se está moviendo y transformado de manera vertiginosa desde hace un tiempo a esta parte. Baricco ya nos sorprendió con su interpretación de los cambios sociales a nivel planetario en *Los Barbaros*: “Es como si el sentido, que durante siglos estuvo unido a un ideal de permanencia, solida y completa, se hubiera marchado a buscar un hábitat distinto, disolviéndose en una forma que es mas bien movimiento, larga estructura, viaje. Preguntarse qué es algo significa preguntarse qué camino ha recorrido fuera de sí mismo”. (Baricco, 2009: 110) Ahora en *The Game* continua ese análisis y lo profundiza con lucidez, asegurando que representa un nuevo cambio de paradigma: "Dado que le resulta mas fácil percibir el mundo cuando el mundo avanza con una velocidad mesurada, lo ralentiza; dado que en general le resulta mas cómodo el juego de defensa, da lo mejor de sí en presencia de enemigos y catástrofes inminentes; dado que en general no tiene predisposición para el juego de ataque, tiene miedo al futuro”. (Baricco, 2019: 14)

En épocas de coronavirus, la expansión de las tecnologías digitales permite no sólo estar informados sino más aun: estar comunicados ante el aislamiento social y otras series de restricciones a los desplazamientos. Contra todos los pronósticos agoreros de aquellos que veían sólo demonios en las redes, el celular y la web, ahora están percibiendo que, si no fuera por estas tecnologías, hoy, además de encerrados en cuarentena y confinados a espacios reducidos, estaríamos incomunicados, parados y detenidos en el espacio y en el tiempo. La movilidad en épocas de confinamientos está en las redes (aunque también, en otras épocas, en las calles). El paradigma ya había cambiado, pero con el virus se hizo más evidente. Las nuevas tecnologías de redes, las conexiones inalámbricas, la globalización de las informaciones y de la interface en la pequeña aldea local permiten sostener el movimiento universal provocado por la revolución digital. Para Bifo, no es sólo un virus biológico sino un virus semiótico que está afectando la psicósfera y bloquea el funcionamiento de la economía, de la sociedad, del Estado, la Iglesia, de la escuela y las familias; en fin, lo afecta todo, provocando la mutación de la “proxemia social”. (Berardi, 2017: 71) El virus se sustrae de los cuerpos, donde afectó primero -aunque los impacta y mata- para afectar a todo el sistema conocido.

Todos quisiéramos cierta normalidad lo antes posible, un retorno a las formas conocidas y habituales. Pero pareciera que esa normalidad ya no será como habitualmente estábamos acostumbrados. Todavía no somos conscientes de los cambios que implicará un virus en la era de la globalización, la simultaneidad y la interface. Muchas cosas van a cambiar y para siempre. Sin ser apocalípticos, la actual crisis mundial implicará una transformación social sin precedentes con consecuencias humanas, económicas, culturales, demográficas y políticas inimaginadas.

Una vuelta a la normalidad puede implicar, quizá, aceptar que la vida cotidiana ya no volverá a ser como antes.

2- *Ni virtual ni real, la soportable gravedad de estar*

La crisis de la época nos hizo caer en la cuenta que ya veníamos hablando de virus y de viralizaciones, de contagios y proliferación viral. Solo que tenían que ver con redes, información y con lo “virtual”, con la tecnología, las aplicaciones y otros dispositivos móviles. Por suerte, pensábamos, no nos afectaba a nosotros sino a los otros. En realidad, lo que ha ocurrido es que lo virtual se ha convertido en lo más real. La dicotomía que hemos manejado a destajo entre lo real y lo virtual, ha resultado una ficción.

Pues lo que pensábamos que no era real, virtualmente se ha transformado en la realidad inmediata: los virus no sólo afectan los sistemas informáticos y las conexiones sino también los cuerpos. Y pensábamos que los virus reales eran problema de los países pobres o emergentes sobre todo del tercer mundo con sistemas deficitarios de salud, escasos ingresos y vidas vulnerables. O, que sólo afectaba a los software y hardware alterando su funcionamiento. Sin embargo, los países de la Unión Europea y Estados Unidos, entre otros, considerados altamente desarrollados, con fuertes ingresos per cápita, excelentes sistemas de salud, investigación médica, bioinformática y farmacológica de primer nivel mundial merecedora de múltiples premios y reconocimientos, resulta que últimamente también es afectada en el cuerpo por los virus no informáticos.

Lo que nos muestra la imbricación entre lo virtual y lo real, es que la realidad, en definitiva, es otra cosa: ni una ni otra. En estos últimos años, lo que considerábamos “naturaleza” -en relación a las personas- cambió notablemente. Sólo nos habíamos animado a nombrarla como “construcción social” y nada más. La crisis provocó el movimiento final para que pensemos qué ocurre con la subjetividad. La subjetividad es agencia, prolifera en un movimiento constante y con un nivel de enunciación y penetración en lo social, cultural, educativo y político nunca antes visto. Los derroteros del ser, la sustancia y el sujeto (identidad, necesidad, inteligibilidad y eternidad) están dejando lugar a la errancia existencial, a la novedad gratuita que adviene, a la fluidez y la historicidad de las subjetividades. Ante la insoportable levedad del ser (ser alguien), la soportable gravedad del estar (dejarse estar). (Kusch, 1966: 33)

Sin apenas percatarnos, en estos últimos años (por lo menos veinte y algunos más) nuestras actividades, vínculos e interacciones fueron desplazándose desde el contacto físico, la articulación espacial y los intercambios cara-a-cara (lógica conjuntiva, diría Bifo) a interacciones imprecisas, variables y “inmateriales” (conectivas), en la que los cuerpos continúan tocándose, pero el flujo de las conexiones tendió a mediar el cuerpo en formatos digitales: “Cualquier actividad productiva está, parcialmente, mediada por automatismos, y la gente interactúa cada vez más, aunque sus cuerpos nunca se encuentren. La existencia cotidiana de poblaciones enteras está cada vez más ligada a dispositivos electrónicos capaces de almacenar una enorme cantidad de datos. (...) La conexión presupone una precisión sin pelo y sin polvo.” (Berardi, 2020)

La actual crisis no implica el fin de la sociedad planetaria sino la apertura a múltiples posibilidades. El futuro no es tan negro como lo pintamos o como resulta por la tragedia de muertes e infecciones, sino que sólo será diferente a como lo imaginamos o a cómo pretendíamos que fuese. Porque no habrá un futuro único sino “una pluralidad de futuros inscrita en el presente”. (Berardi, 2019: 30)

3- *La pandemia como texto*

Sabemos ciertamente, que un acontecimiento histórico de alcance mundial, como el que estamos atravesando, tiene una singularidad, por definición irreplicable, aunque haya ocurrido situaciones similares en la historia, por lo que no podrían servir de lección para la posteridad. Un acontecimiento del pasado no puede decir nada relevante para el presente.

La proliferación de textos que recurren a historias de plagas, pestes y muertes masivas en el transcurso de la historia son sólo artilugios ilustrativos. Pero esas pestes, si bien produjeron innumerables muertes, se mantuvieron restringidas a determinadas geografías de países o, cuanto mucho, de continentes. Nunca hasta ahora, por la globalización, la postmodernidad, la movilidad humana transcontinental, podía imaginarse la expansión de una peste con el grado de penetración del Covid 19.

Un acontecimiento histórico como la pandemia es un texto para ser leído. El texto no hace referencia a aquello “fijado por la escritura” (Ricoeur, 1999: 59) (crónicas, historias, hagiografías, novelas, cuentos y otras formas narrativas) sino a un “corpus de textos”, donde la acción en la historia (prácticas, instituciones, estructuras) puede ser leído por los sujetos implicado. Por eso, “esta noción de ‘texto’ –liberada así de la ‘escritura’– es interesante [...] con él no es sólo una «escritura» lo que se ofrece a la interpretación, sino todo un conjunto de signos susceptible de ser considerado como un texto por descifrar; así, pues, tanto un sueño, un síntoma neurótico, como un rito, un mito, otra de arte o una creencia”. (Ricoeur, 1985: 26-27) El texto, por tanto, es un paradigma que ofrece configuraciones de sentido, adquieren autonomía respecto de sus autores, como también de los primeros destinatarios y del contexto de surgimiento. (Ricoeur, 2008)

Una semántica de la acción histórica como “texto” permite pasar desde una comprensión inmediata a una comprensión más profunda de la polisemia de significados por la mediación de la explicación de lo dado (acontecimiento). Por lo que la legibilidad de los procesos históricos como texto para el discernimiento implican una regla de interpretación para percibir la textura de la historia a partir del pretexto de la acción y de la pasión de las víctimas históricas: los pobres, los vulnerables, los excluidos. La acción y pasión históricas confieren una primera legibilidad del texto. A partir de lo cual puede operar una transposición y trasgresión de sentidos vinculado con la interpretación de la historia como totalidad y su pertinencia para sopesar las consecuencias desde los márgenes.

Los acontecimientos históricos, antes que apelar a la universalidad de su alcance, exige incorporar la contingencia y lo local, asumir la particularidad y la fragmentariedad de una vida. Incluso, implica resistirse a conocer a priori el devenir de la acción humana y abandonar la idea de que es posible situarse desde el final de la historia. Un cambio paradigmático está aconteciendo. Para muchos puede suponer una crisis de identidad respecto de un “mundo perdido”, que nada permanece ante la mutación del tiempo, que todo es relativo con pérdida de la verdad y del fundamento, que es necesario sostener lo esencial para garantizar la identidad, o que todo es demasiado banal para dar sentido a la vida. Para otros es la crisis final del capitalismo histórico y del liberalismo planetario, aunque seguramente se metamorfoseará en otras formas para continuar rigiendo el “orden internacional”. Muchos

grupos también se preguntan dónde queda la verdad ante tanta dispersión de saberes, y así con otros planteos.

El significado de la historia implica mirar lo que acontece como dado desde los fragmentos y de la contingencia de los signos del tiempo; porque ellos ya contienen significados relevantes para comprender lo que ocurre, pero no pueden “enseñar” nada.

2. Secuencias

“Si haces del movimiento una obligación que se extiende a todo lo existente, lo encontraras marcando cada capa de la experiencia, desde las mas simples a las mas complejas: es inútil pretender luego que tu hijo haga sólo una cosa a la vez, que el trabajo fijo siga siendo una prioridad, y que la verdad se encuentra donde la dejaste la tarde anterior.” (Baricco, 2019: 101)

1- De lo extraño y hostil, una posibilidad

La lectura y la escritura no son procesos diferentes, al menos en la perspectiva teórica en la que me muevo (no universal sino contextualizada). La lectura del impreso en la modernidad era considerada una actividad culta y contemplativa, pasiva, en voz baja e individual en vista a la incorporación de los conocimientos disponible. Y la institución se convirtió en el espacio oficial para ese artefacto cultural (el libro) y para la actividad directamente relacionada: la lectura y la escritura, relegando a las instituciones de las creencias, la enseñanza en los monasterios y el claustro. Por lo que la actividad de leer se consideraba exclusivamente como la actividad cultural de la lectura de un libro. Y aprender a leer implicaba hacerlo sobre ese dispositivo. Chartier advierte que “ningún texto existe fuera de la materialidad que lo dan a leer u oír”. (Chartier, 2006: 12)

Si consideramos la lectura como un proceso de comprensión e interpretación de textos exclusivamente “fijados por la escritura” (Ricoeur, 1999) efectivamente, el aprendizaje de la lectura seguirá al habla y precederá a la escritura. Pero esos aprendizajes sólo proceden de la escolarización tradicional y de una economía escrituraria moderna. En cambio, la lectura de una escritura (una cacería furtiva) y la escritura de textos (una inscripción histórica) son procesos interrelacionados. (De Certeau, 2000: 177) El proceso del habla no es un aprendizaje (escolarizado), sino que somos seres eminentemente lingüísticos: en el sentido de una comunicación, no del aprendizaje de una lengua, desde el mismo momento en que nos incorporamos a la existencia. El habla y el aprendizaje de la lectura y la escritura son procesos propios de la escolarización, pero realmente ¿las cosas suceden separadas o juntas? ¿una antes y otra después? ¿Escribir sobre qué y donde?

No descarto las conclusiones de las investigaciones de las ciencias cognitivas en general y de las neurociencias en particular, pero las considero prescindibles para comprender lo que pasa con las subjetividades, con la comprensión de la realidad y con la modalidad de las percepciones y sensaciones de lo humano. Muchas de sus conclusiones y de sus métodos

describen procesos universales sin considerar las particularidades de los contextos, las culturas ni las nuevas formas de sociabilidad en las redes, que no se mueven por constantes e invariables conectoras sino por rupturas y discontinuidades. Pienso que las neurociencias son fuertemente hegemónicas y que representan una imagen de ciencia neoliberal triunfante con pretensión de “humanista” e “integral”; lo mismo sucede con la educación emocional y la parafernalia de su instalación en la política educativa. Además, estas ciencias “neuro” no pueden dar cuenta de los deslizamientos que se están produciendo actualmente, en particular respecto de la preeminencia asignada a los contenidos y la forma de la institución actual (la letra, la escritura, el texto, el libro, las normas, protocolos, regulaciones) respecto de la dimensión ético-política (los acontecimientos, los signos, la historia, lo ético, el otro, las víctimas históricas) por la que estamos pasando (por ejemplo, ahora, en época de pandemia).

Por eso, considero que no es tan importante la forma de la conexión de las neuronas ni el lugar del cerebro en el que se ubican las descargas eléctricas; ni la bioquímica de las emociones ni la estructura ontogenética de las conductas; ni la coherencia conceptual y las formas de asimilación de los saberes escolares como tampoco la farmacología de los problemas del *insight* y del *habitus*. Prefiero enfocarme en la perspectiva social de los aprendizajes tal como están ocurriendo en los pibes y pibas y que se produce sobre otros dispositivos que no son el libro (son las paredes y muros, las esquinas y las inscripciones en los cuerpos, están en las nuevas tecnologías y en los dispositivos táctiles hasta ahora considerados hostiles) en clave ético-política del acto de hablar y comprender, enseñar y aprender, de leer y de escribir textos diversificados (no fijados en la escritura, dados a leer en otras materialidades) en sus contextos y desde una infinidad de pretextos sociales. (Freire, 2001: 134)

2- *Estamos inmersos en este tiempo*

En la red están tanto el movimiento como la sociabilidad juvenil de hace ya un buen tiempo a esta parte. Pero recién ahora estamos tomando la dimensión de esas transformaciones, que antes veíamos como pasatiempo, diversión y dispersión. Hasta tal punto que vemos ahora lo necesario de las redes que toda la educación -en su versión escolarizada- están denodadamente viendo como hacer las adaptaciones (es una forma de decir, porque lo que están haciendo las instituciones es verse reflejada, pero han cambiado poco). También los credos e iglesias están presente en las redes con sus propuestas de celebraciones, misas, cantos y otras oraciones. Hasta hace unas pocas semanas las redes, las tecnologías inalámbricas y las conexiones digitales eran enemigos públicos declarados.

Pienso que Serres tenía razón cuando escribió: “Frente a estas mutaciones, es probable que convenga inventar novedades inimaginables, fuera de los marcos caducos que siguen formateando nuestras conductas, nuestros medios de comunicación, nuestros proyectos sumergidos en la sociedad del espectáculo. Veo que nuestras instituciones relucen con un brillo semejante al de las constelaciones que, según nos enseñan los astrónomos, ya están muertas desde hace un largo tiempo.” (Serres, 2013: 32) Nuestra publicidad en el pasado (hace unas semanas atrás nada más) insistía en los perjudicial del celular en manos de los hijos en casa, quitarles las Tablet y otras pantallas, sacarlos a jugar a la calle y alejarlos de los videojuegos. Como adultos pensábamos que eso era lo bueno y necesario. Pensábamos, ellos necesitan otra cosa: jugar con autitos o muñecas, encontrarse en la esquina, salir a jugar

al fútbol o correr, andar en bici, etc., etc., entre un montón de cosas similares. Pero en realidad, nunca pensamos que los que necesitábamos otra cosa eran los adultos.

La idea de que los niños, niñas y jóvenes necesitan tales acciones, artefactos o experiencias del pasado es la manera de asemejar la “buena experiencia” de ellos por ser idéntica -o al menos con algunas modificaciones- por la experiencia que pasaron los adultos, en su tiempo. Lean esto de Baricco y pensemos unos segundos: “...una cierta mutación mental se ha dotado de los instrumentos adecuados para su modo de estar en el mundo y lo ha hecho a gran velocidad: lo que ha hecho lo llamamos revolución digital. (...) Dejád de intentar entender si el uso del Smartphone nos desconecta de la realidad y dedicad el mismo tiempo a intentar entender qué clase de conexión con la realidad buscábamos cuando el teléfono fijo nos pareció definitivamente inapropiado. (...) Si la revolución digital os asusta, invertid la secuencia y preguntaos de qué estábamos huyendo cuando enfilamos la puerta de una revolución semejante”. (Baricco, 2019: 36)

Los tiempos son otros, los espacios de sociabilidad son diferentes, las sensibilidades y las formas de aprehender no tienen similitudes posibles, aunque nos pareciera verlas evidentes. El virus hizo cambiar todas las apariencias de las percepciones que considerábamos legítimas o legitimadas sobre la concentración de los alumnos, sobre la calidad de sus producciones y las posibilidades de sus aprendizajes; sobre las posibilidades de aprendizajes de los maestros y las resistencias a los cambios (no podrías usar aquí resiliencia); sobre la bondad de la institución y de las estructuras de gestión conocidas, etc., etc.

La pandemia -con su fuerza invisible de infección y muerte real a gran escala- podría transformarse en un nuevo *locus* para repensar la institución y su organización, la enseñanza y los aprendizajes, los procesos y los tiempos, la sociabilidad y los vínculos sociales, la reproducción de las desigualdades y de la pobreza, la teoría y la acción, la presencia y el presente. ¿Como haremos para repensar las cartografías y las gramáticas sociales, los olores, sensaciones y colores del aula, la oficina, del patio, los baños y la cocina, los humores, sentimientos y sabores de la convivencia cotidiana? En fin, creo que muchas cosas tendríamos que repensar desde este nuevo *locus* filosófico-pedagógico en la línea que nos proponía De Certeau: “Una rica indeterminación les permite, mediante un enrarecimiento semántico, la función de articular una segunda geografía, poética, sobre la geografía del sentido literal, prohibido o permitido”. (De Certeau, 2000: 117)

Hemos pensado consuetudinariamente que en la institución estaban todos los elementos necesarios para la construcción e interpretación del mundo. Sin embargo, gracias a Freire, empezamos a darnos cuenta que en el mundo están los elementos necesarios para interpretar y cambiar: “No hay posibilidad de que pensemos en un mañana, más próximo o más remoto, sin que nos encontremos en un proceso permanente de ‘emersión’ del hoy, ‘mojados’ por el tiempo en que vivimos, tocados por sus desafíos, estimulados por sus problemas, inseguros ante la insensatez que anuncia desastres, arrebatados de justa rabia ante las profundas injusticias que expresan, en niveles que causan asombro, la capacidad humana de trasgresión de la ética”. (Freire, 2001: 129)

Pero no lo hicimos, hasta ahora. Entonces ¿podremos pensar otra educación y hacer otra institución en la era post cuarentena? ¿será posible otro mundo post pandemia?

3- Preguntas sin respuestas en un tiempo extraño

Estamos ante un cambio de paradigma donde lo virtual ya es parte de nuestra forma de vida (de nuestra humanidad, pónelo), y desde hace rato. Los modelos sociales y educativos, sólo por nombrar algunos, no han caído en la cuenta de la mutación de estos últimos años. Si bien están los negacionistas del virus como también los demonizadores de la red y las tecnologías, hay otros que ven más posibilidades que limitaciones. Aunque ahora aquellos se percatan de que no era tan dañinas, porque nos están sacando del apuro de estar encerrados y con la sociabilidad limitada, al menos en el modo cara-a-cara, modalidad de relaciones y de procesos educativos en el que estábamos acostumbrados. Los otros, los que veían posibilidades, se encuentran de golpe con la necesidad de contar con ella, con escasas destrezas y con apenas algunas competencias necesarias para su uso.

Los niños, niñas y jóvenes tienen una piel tecnológica que les permite una sensibilidad particular en el ámbito de las redes y la conectividad, la web y las plataformas. Para los adultos puede parecer superfluo e, incluso, indignante, lo que los jóvenes piensen del amor, los afectos y las relaciones sociales, o sobre sus prácticas de lectura, escritura y aprendizajes desde las redes y las conexiones en tiempos de virus y, aun, antes de este tiempo excepcional. El virus nos hizo aprender rápido para percibir por donde está pasando la realidad en estos momentos críticos.

La presencia de la pandemia del virus aceleró los cambios con el aislamiento social y la necesidad de continuar con la vida cotidiana en general, y con la educación, con los procesos de transmisión y de aprendizaje, en particular. No me animo a usar la potencia de la expresión de Agamben “estado de excepción” porque se refiere a él como al “umbral de indeterminación entre democracia y absolutismo” en el orden político, jurídico y legislativo de un determinado país. (Agamben, 2005: 26) No obstante, estamos viviendo una situación de excepcionalidad. Ante esta situación me animo a compartir algunas preguntas sin respuestas, porque ahora las prioridades son otras (de vida o muerte), no estas, pero estaría bueno guardarlas para cuando sea oportuno

1- ¿Podimos tomar conciencia de la magnitud de las transformaciones operadas en la inmediatez de días y horas? Las naturalizaciones que legitimaban ciertas prácticas sociales ¿pueden sostenerse en tiempos de virus? De hecho, se sostuvieron y, en algunos casos, fueron considerados como éxitos ciertos retornos a la normalidad. Seguramente no estamos pudiendo pensar la pandemia, ¿podemos plantearnos algunas preguntas mínimas sobre lo que veníamos haciendo, los límites, los aciertos y las incomodidades con el “sistema”?

2- Lo normal, lo funcional, lo correcto y lo apropiado que veníamos barajando como legitimadores de ciertas prácticas y dispositivos, ahora aparecen como construcciones del sentido común. ¿Nos dimos cuenta de cuales eran esos dispositivos? ¿Habrá alguna nueva escala de prioridades ante las nuevas formas del trabajo en la sociedad? “Hacer como sí”, “perder valores”, “ganar lo nuevo”, “dejar el pasado”, “abandonar lo establecido” son algunas expresiones que se escuchan en estos días. ¿Ciertas formas de hacer y pensar podrán

sostenerse durante esta época extraordinaria? La realidad y la virtualidad, como veníamos pensándonos y organizando alternativas a ellas ¿no tendrían que repensarse?

3- La materialidad de las relaciones sociales, la corporalidad de los vínculos personales, la espacialidad y la temporalidad de nuestras habitualidades ¿podrán ser iguales, “como si” nada hubiera pasado? ¿Qué significa habitar la excepcionalidad del momento cuando estábamos habituados a las reglas de un determinado orden, que dominábamos nosotros/as? ¿Cómo es habitar estos tiempos y espacios que revierten lo conocido y aceptable?

4- La crisis provocada por la pandemia quizá sea la oportunidad para revisar ciertas formas que respondían a otro paradigma, a otra época, en fin, otra sociedad. ¿Reconocemos que, si no hubiera sido por la crisis, las mediaciones institucionales hubieran seguido como hasta hace un mes atrás, porque nada debía cambiar? ¿Qué formas de institucionalización alternativas podemos comenzar a recorrer en esta época desafiante a la vez que horrorosa por los contagios y las muertes? La perplejidad de la situación no puede inhibir las intuiciones que puedan aparecer, más allá del sentido común y de las costumbres, ¿podremos entablar conexiones vitales, empáticas, más acá de las necesidades institucionales, laborales, sociales, educativas?

Aceptar la realidad tal como aparece es un acto de violencia inédito que nos sacude y provoca a desnaturalizar nuestras concepciones y las propuestas pedagógico-didácticas que veníamos haciendo. ¿Por qué, para algunos, la excepcionalidad todavía deja vislumbrar que la realidad y la acción van a volver a la situación original? ¿Qué esperanza sin utopía apaña esas extrañas expectativas? Si las cosas “siempre se hicieron así” ¿acaso no podrían pensarse y hacerse de otro modo? La provocación de la realidad ¿logrará transformar las instituciones escolares en y desde la situación y transformarnos a cada uno de nosotros/as? ¿Hasta que punto la institución se dejará afectar? ¿O saldrá indemne también de esta crisis?

Insurrecciones en el encierro: nuevas superficies de inscripción

La pandemia se ha transformado en un *locus* omnipresente, en una nueva superficie de inscripción de sentimientos, emociones, sensaciones y pensamientos.

A la novedad de los primeros días de cuarentena y de recuperación de ciertas experiencias y espacios domésticos le sucede el desconcierto por la marcha de las cosas en el aislamiento y la incertidumbre ante el final imprevisible del encierro. Desconcierta porque el aislamiento se ha transformado en ensimismamiento y roce permanente en el espacio ordinario, los conocidos y cercanos se vuelven extraños. La lógica de los sentimientos emerge con una potencia desconocida frente a una lógica tradicional para comprender lo que pasa (racional, intelectual). Y entonces surgen las tensiones, las rivalidades y polarizaciones, la exageración y la desmesura. Porque no es visible un horizonte de acción en el corto plazo, y porque el tedio de días idénticos sin “solución de continuidad” reproduce los mismos temas, conversaciones y situaciones como discusiones, enojos y conflictos se suceden en tiempos sin final.

El nuevo *locus* viral esta produciendo transformaciones en la corporalidad, en los humores y en las formas de la sociabilidad; también se consolidan las vulnerabilidades preexistentes y las injusticias se tornan cada vez más evidentes. Los nacionalismos, el etiquetamiento y la estigmatización van a la par del reconocimiento del otro, la donación desinteresada y la solidaridad. El virus no sólo ha trastocado lo conocido y las formas de la vida social previsible, sino que está produciendo maneras inéditas del miedo, la seguridad y el encierro auto infringido como formas de preservación. A su vez, fomenta la irresponsabilidad social, el seguimiento policíaco de vecinos y el prejuizgamiento sin fundamentos como formas de ejercicio de la ciudadanía.

Ya sabemos cuales son las formas de insurrección durante la pandemia: transgredir la cuarentena, inventar paseos con el perro para zafar del encierro, la terraza y el balcón como espacio publico, el aplauso como forma de reconocimiento o, en su defecto, la cacerola como forma de desaprobación; la rebelión de las “canas” (hacer la fila en el supermercado, ir al banco, pagar impuestos, manejar dinero en papel como formas de autoafirmación). Estas y muchas otras, aparecen como formas de resistencia a la virtualidad, sólo por nombrar algunas.

¿Quiénes pueden ser insurrectos y cuáles son sus motivos reales? ¿Que motivará a la acción política y la solidaridad en el corto plazo? ¿Como serán las formas de construcción de los nuevos sujetos políticos constituidos en torno a o post pandemia? ¿Será posible un nuevo pensamiento y causas con poder de la convocatoria que lleven a la acción, más allá del espanto y la muerte provocados por el virus? ¿Que les espera a las expresiones de los sentimientos y de las emociones de los sujetos en la red? Los tiempos nuevos que se avecinan ¿como configuraran la nueva sociedad? ¿Dónde encontraremos la verdad, la belleza y el gusto por la vida? ¿Cuáles serán las nuevas superficies de inscripción de las subjetividades y las nuevas formas de insurrección post Convid19?

Bibliografía

Agamben, Giorgio (2005) *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires.

Baricco, Alessandro (2009) *Los barbaros. Ensayo sobre la mutación*, Anagrama, Barcelona.
Baricco, Alessandro (2019) *The game*, Anagrama, Barcelona.

Beraldi, Franco ‘Bifo’ (2017) *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Caja Negra, Buenos Aires.

Beraldi, Franco ‘Bifo’ (2019) *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*, Caja Negra, Buenos Aires.

Beraldi, Franco ‘Bifo’, (2020) “Crónica de la psicodéflación. Primera Parte”, en: <http://lobosuelto.com/reset-franco-bifo-berardi/>

Chartier, Roger (2006) *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (Siglos XI-XVIII)*, Katz, Buenos Aires.

De Certeau, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, Universidad iberoamericana, México.

Eagleton, Terry, *Esperanza sin optimismo*, Taurus, Buenos Aires, 2016.

Freire, Paulo (2001) *Pedagogía de la indignación*, Morata, Madrid.

García Canclini, Néstor (2007) *Lectores, espectadores e internautas*. Gedisa, Barcelona.

Kusch, Rodolfo (1966) *Indios, porteños y dioses*, Stilcograf, Buenos Aires.

Martín Barbero, Jesús (2017) *Jóvenes entre el palimpsesto y el hipertexto*, Ned Ediciones, Barcelona.

Ricoeur, Paul (1985) *Freud: Una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México.

Ricoeur, Paul (2008) *Hermenéutica y acción: de la hermenéutica del texto a la hermenéutica de la acción*, Prometeo, Buenos Aires.

Ricoeur, Paul (1999) *Historia y narrativa*, Paidós, Barcelona.

Serres, Michel (2013) *Pulgarcita*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.